

Bien oiréis lo que diráe :
 — Siempre lo oí decir,
 Y agora veo que es verdade,
 Que el seso de las mujeres
 Que no era naturale :
 Hasta aqui pidió justicia,
 Ya quiere con él casare :
 Yo lo haré de muy buen grado,
 De muy buena voluntade.
 Mandarle quiero una carta,
 Mandarle quiero llamare. —

En España, como en todas partes, careció de grandes obras el siglo xv. Es, en poesía, la época de los cantares amorosos y de la influencia, que sólo más tarde fué feliz, de la literatura italiana. En prosa, existen numerosas crónicas de suma importancia para el historiador, y algunas obras de moral, como el *Diálogo de la vida feliz*, de Lucena, y, en fin, el famoso *Amadis de Gaula*, antigua novela caballeresca de origen desconocido, arreglado en dicho siglo por Montalvo.

La literatura portuguesa, muy interesante a pesar de haber evolucionado en un círculo demasiado estrecho, es sobre todo épica y lírica. Los líricos portugueses han casi exclusivamente cantado el amor; los poetas épicos han celebrado cierto número de hechos sobresalientes de su historia nacional. Sólo en el siglo xvi asistiremos a un verdadero florecimiento de la literatura portuguesa.

CAPÍTULO X

SIGLOS DIECISÉIS Y DIECISIETE : FRANCIA

PRIMERA PARTE DEL SIGLO XVI : POETAS : MAROT, SAINT-GELAIS. — PROSISTAS : RABELAIS. — SEGUNDA PARTE DEL SIGLO XVI : LA « PLÉYADE » : PROSISTAS : AMYOT, MONTAIGNE. — PRIMERA PARTE DEL SIGLO XVII : POETAS DE ELEVADO Y BRILLANTE INGENIO : MALHERBE, CORNEILLE. — GRANDES PROSISTAS : DESCARTES, BALZAC. — SEGUNDA PARTE DEL SIGLO XVII : POETAS : RACINE, MOLIÈRE, BOILEAU, LA FONTAINE. — PROSISTAS : BOSSUET, PASCAL, LA BRUYÈRE, FÉNELON, ETC.

El Renacimiento de las letras. El siglo xvi es para Francia la época del Renacimiento de las letras. Entiéndese por renacimiento de las letras lo que, en cada pueblo, ha resultado del contacto más estrecho de los letrados de aquel pueblo con las literaturas antiguas, contacto que, por cierto, según el temperamento de cada uno de dichos pueblos, unas veces ha fortalecido la veta nacional, y, otras veces, la ha debilitado por cierto tiempo.

En Francia, el siglo xvi se inicia con Marot y Saint-Gelais.

Marot. Marot es un cancionista de mucha gracia, elegíaco y satírico. Tiene muchísimo ingenio, sin travesura, sin amaneramiento ni afectación; a veces se eleva hasta una poesía filosófica bastante grave y hasta la elocuencia. Saint-Gelais, porque era el más poeta de corte de cuantos han sido poetas cortesanos, fué colocado por su siglo a nivel de Marot, y, sin más investigaciones, los historiadores literarios lo han dejado casi en ese puesto. Lo cierto es que no vale nada. Sin embargo, no se le puede quitar la gloria de haber traído de Italia, en donde residió varios años de joven, el soneto.

En esta primera mitad del siglo xvi, es preciso, en prosa, mencionar a Commynes, historiador de Luis XI, historiador político, historiador hombre de Estado, conocedor en sumo grado de los caracteres y de los temperamentos de los grandes, y escritor de una precisión y de una limpidez raras para su tiempo.

Francisco Rabelais, en sus dos novelas épicas: el *Gargantúa* y el *Pantagruel*, es sabio, capaz de cierta sensatez filosófica que los historiadores literarios han exagerado mucho, pero, sobre todo, notablemente pintoresco; acaso sea el hombre que en mayor grado ha poseído el arte de contar. Se le ha apellidado « el Homero bufón », y este apodo puede quedarle legítimamente.

La segunda mitad del siglo xvi es, en todos sentidos, la más considerable. En poesía, la Pléyade significa el verdadero y completo « renacimiento, aunque fué Marot un excelente obrero de los albores de ese renacimiento. La Pléyade es Ronsard, du Bellay, Pontus de Tyard, Remigio Belleau y otros, es decir, hombres que quieren dar a Francia, en francés, el equivalente de lo que más noble y más hermoso produjo la antigüedad. No lo consiguieron, pero les cabe la honra de haberlo emprendido, y, en realidad, hicieron cosas muy hermosas.

Ronsard compuso un poema épico ilegible, y odas según la manera de Píndaro que son pesadísimas; pero escribió trozos épicos sueltos poco consistentes en general, pero de verdadera belleza, oditas deliciosas como gracia y como sensibilidad sincera, y sonetos que son de todo punto maravillosos.

Por su parte, Joaquín du Bellay compuso sonetos que figuran entre los más hermosos de la lengua francesa; — los demás suelen tener inspiraciones muy amables.

Agreguemos a este grupo algunos poetas dramáticos que no saben aún qué cosa es una tragedia que respire vida, y que, aun cuando imitan a Eurípides, son de la escuela de Séneca, pero que saben escribir en verso, que saben hacer un discurso, y, a veces, una dulce

elegía. Son éstos, para citar sólo los principales, Jodelle, Roberto Garnier y Montchrétien.

En prosa, en esta segunda mitad del siglo xvi tenemos traductores como Amyot, que pone a Plutarco en un francés sabiamente límpido, lleno de naturalidad y de amable sencillez, y un tanto abandonado. Tenemos escritores religiosos como Calvino, de estilo duro y « triste », según excelente expresión de Bossuet, pero sobrio, vigoroso y potente. Tenemos escritores políticos como el elocuente La Boétie, el amigo de Montaigne, quien, en el *Discurso acerca de la servidumbre voluntaria*, reivindica los derechos del pueblo contra *Uno*, es decir, contra la monarquía. Tenemos autores de *Memorias*, como Montluc y Brantôme, diversamente pintorescos, curiosos ambos, informados, muy animados, y cuya contribución a la historia ha sido muy importante.

Tenemos, en fin, moralistas como Du Vair, harto tiempo olvidado; como Montaigne, Du Vair fué un orador muy elocuente, y, además, demostró gran valor durante los trastornos de la Liga; ha dejado hermasísimos tratados filosóficos: *la Filosofía moral de los estoicos*, *De la constancia y consuelo en las calamidades públicas*, etc.

Menos grave y menos estoico, Montaigne. mucho mejor escritor y uno de los dos o tres más grandes prosistas de Francia, Montaigne era el buen sentido mismo

aguzado por ingenio y enriquecido por una encantadora imaginación. Según le impulsaba su humor: unas veces estoico, otras epicúreo, otras escéptico, siempre sensato y fino, y siempre, también, admirador de la grandeza de alma y del valor, es el mejor de los consejeros y de los compañeros de vida, y de él más que de otro alguno hay que decir: « Con sólo que nos guste, ya hemos aprovechado ». Lo único que se le puede reprochar es que haya hablado demasiado de su persona; entiendo con esto el que nos refiera a veces detalles personales que para nada nos importan.

En Francia, la primera mitad del siglo xvii no es sino la continuación del siglo xvi, con, naturalmente, algunos caracteres distintivos, y con un ensayo, casi aislado, de reacción contra el siglo xvi. En esta época escriben hombres que, como Agrippa d'Aubigné, están en absoluto en el espíritu del siglo precedente; d'Aubigné, amable, de mucha amenidad y agudeza, es en muchos casos — y esto suele olvidarse demasiado, — ardiente, apasionado, batallador, rudo y violento, en particular en sus *Trágicos*, que son sátiras de una crudeza, y con frecuencia, de una belleza asombrosas, contra los católicos y sus jefes. Otros, de temperamento muy diferente, tienen también, y aun más que los poetas del siglo xvi, la libertad, el capricho, el desorden que reinaban en el siglo de Ronsard. Es preciso figurarse esa generación siquiera respecto a los poetas, como un primer romanticismo. Tenemos a Teófilo de Viau, muy gran poeta,

pero superabundante, deslabazado, y que no vivió lo bastante para serenar y dominar su inspiración. Cirano de Bergerac, loco brillantísimo; una veces chispeante de brío y de imaginación; otra veces, pesado y absurdo. Saint-Amant, lleno de imaginación también y capaz de sentimiento poético exquisito, pero sin gusto, y, con harta frecuencia, pueril. Mas sensatos, pero asimismo pecando de palabrería, lentos, pesados, deslabazados. Desportes pone en versos franceses a los poetas italianos del siglo xvi, a menudo con expresiones felices, y Bertaut, melancólico y ameno, si bien no carece de sentimiento poético, carece de brillo.

Régnier. Régnier, el satírico, discípulo de Horacio y de Juvenal, tiene también la mentalidad del siglo xvi por su verdor, su crudeza, su poco alejamiento tocante a la obscenidad, gran poeta por lo demás, vigoroso, poderoso, muy orador, y, también, muy epigramatista, y caricaturista chistosísimo y muy mordaz.

Vienen después los *amanerados* y los *burlescos*, que no dejan de parecerse, pues los amanerados van en busca del chiste y creen que todo el arte literario consiste en decir una vulgaridad cualquiera pero de un modo rebuscado e inesperado; y, los burlescos, buscan el chiste también, pero en escala inferior, deseosos de ser muy graciosos, para lo cual no retroceden ante ninguna bufonería, ningún contrasentido, despropósito y parodia. Voiture es el representante más brillante del estilo amanerado, y, Sca-

rron, el representante más saliente del estilo burlesco.

En medio de aquella literatura desenfrenada, un hombre pretendía imponer la razón, la claridad de espíritu, el orden, el gusto y la concisión, y denunciaba todo el siglo xvi como ridículo. Aquel hombre era Malherbe, poeta lírico muy potente, escritor muy castizo y melodista muy seguro. Su influencia fué muy considerable, pero unos cuarenta años después de su fallecimiento, pues los poetas de 1660 son los que han tenido empeño en proclamarse discípulos suyos. En su tiempo, tuvo sólo por discípulos, o mejor dicho por partidarios, pues no tenían mucha semejanza con él, a Maynard y a Racan.

Asimismo en el teatro, la primera parte del siglo xvii, cuando menos hasta 1636, no es sino la continuación del siglo xvi. Hardy, sin orden y sin regla, por cierto muy débil poeta, reina en la escena, y, si bien Mairet, a imitación de los italianos, a imitación de la mayoría de los autores dramáticos del siglo xvi, intenta instaurar la tragedia regular, poca repercusión tuvieron sus esfuerzos, y, desde luego, no tenía más que un talento de tercer orden.

Por fin vino Corneille; y, al cabo de algunos tanteos, creó la tragedia francesa; pero, como ocurrió esto en 1636, y que, en el transcurso de su larga carrera, figuró también en la segunda mitad del siglo, hablaremos de él un poco más lejos.

En prosa, la primera mitad del siglo xvii ha sido muy fecunda en obras importantísimas. El cardenal du Perron, que comenzó por ser un amable poeta elegante, se convirtió en gran orador y temible controversista. Guez de Balzac, algo corto de ideas pero excelentísimo escritor, aunque un tanto amanerado, daba, como dice Voltaire, armonía a la frase en sus cartas y en su *Sócrates cristiano*. Vaugelas formulaba el código de la lengua fundado en el buen uso. Descartes, de cuyas ideas filosóficas no hay para qué hablar aquí, en su admirable frase cadenciosa, periódica, desplegada con amplitud y poderosamente articulada, reproducía la frase ciceroniana sin sus adornos a veces algo flojos, y formaba, en cierto modo, el molde en que más tarde había de vaciarse la elocuencia de Bossuet. Las principales obras de Descartes son: el *Discurso acerca del método*, la *Meditación*, y el *Tratado de las pasiones*.

Se ha dicho que la segunda mitad del siglo xvii es, desde todos los puntos de vista, « la edad de oro » de la literatura francesa. Abundan en ella grandes poetas y grandes prosistas. Comenzando por los poetas dramáticos, que son la más excelsa gloria de aquella época, Corneille, que, ya en 1636 alcanza ruidoso éxito con el *Cid*, y que dió antes de 1650 sus obras más sobresalientes: *Cinna*, *los Horacios*, *Poliuto*, sigue, por espacio de veinticuatro años después de 1650, dando al teatro obras en que

La prosa.

Balzac.

Descartes.

La edad de oro.

Corneille.

suele haber aún grandes bellezas, entre las cuales citaremos *Don Sancho de Aragón*, *Nicomedes*, *Edipo*, *Sertorio*, *Sofonisbe*, *Tito y Berénice*, *Psique* (con Molière), *Rodoguno*, *Heracio*, *Pulqueria*. Corneille, que ha hecho comedias, tragedias, piezas de tramoya, óperas, melodramas, debe ser considerado como el verdadero creador de *todo* el teatro francés. En las obras en que, fuera de su competencia universal, imprimió más particularmente su sello personal, es decir, en sus obras absolutamente superiores, ha sido el pintor de la voluntad humana domando las pasiones, y como embriago de tal victoria y de su propia potencia, de tal modo que ha sido un gran profesor de energía y un gran apóstol del deber.

Muy diferente, Racine, sin abogar contra el deber, pero gustando de pintar las pasiones venciendo al hombre, y al hombre víctima de las pasiones, y las espantosas desgracias que de esto resultan, lo cual es todavía una lección moral, ha sido un psicólogo más penetrante que Corneille, aunque conocía éste muy bien el corazón humano, un sabio infalible en composición y disposición dramática; en fin, un artista en versos absolutamente incomparable. Sus tragedias, y sobre todo *Andrómaca*, *Británico*, *Berénice*, *Bayaceto*, *Fedra* y *Athalia* serán eterno encanto de los hombres.

Molière, dotado excelentemente para comprender los ridículos con todas sus causas y con todas sus consecuencias, de golpe de vista muy rápido y

Racine.

Molière.

muy porfundo; por otra parte, armado de un buen sentido algo estrecho quizá, pero firme, sólido y de índole tal que habrá de gustar a la clase media de todos los tiempos; a más de esto, provisto de prodigiosa vis cómica, fogosa e irresistible y que no deja al espectador tiempo para reflexionar y para respirar; en fin, muy gran escritor aunque presuroso y descuidado, tiene todo un teatro cómico (*Escuela de las mujeres, Don Juan, Tartuffe, Misántropo, Mujeres sabias*), que deja muy atrás a todos los teatros conocidos, que anuló toda rivalidad en la época en que apareció, que sólo un corto eclipse sufrió hacia mediados del siglo xviii, y que, desde hace ciento cincuenta años, hace de nuevo las delicias de toda Europa. Queda siendo el maestro del teatro cómico universal.

Boileau. Boileau no era más que un hombre sensato, de ingenio, de juicio sano, y que hacía muy industriosamente los versos. No basta esto para constituir un gran poeta, pero es suficiente para hacer lo que fué: un satírico agudo y divertido, un agradable moralista en verso, y un crítico en verso — lo que tantas veces fué Horacio, su maestro — muy perito, muy hábil y de mucha autoridad. Su *Arte poética* ha sido, por espacio de mucho tiempo, las Tablas de la Ley del Parnaso, y, aun hoy día, se lee con placer y hasta con provecho.

La Fontaine. La Fontaine es uno de los más grandes poetas de todos los tiempos: sentimiento profundo de la naturaleza, conocimiento fino y penetrante

de los caracteres de los hombres, a quienes pinta con nombres de animales, filosofía libre y caprichosa, pero muy sensata y a veces muy profunda, sensibilidad dulce y sonriente, capaz también de melancolía y que, de cuando en cuando lo convierte en elegíaco delicioso, por encima de todo un sentido artístico incomparable por lo cual resulta el más hábil y más seguro manejador de versos, de ritmos y de sonoridades de cuantos ha habido hasta Victor Hugo, es mucho más difícil decir qué es lo que le faltó, que de enumerar los multiplicados y milagrosos dones que recibió de la naturaleza. Lo único que hay que lamentar en él es su completa carencia de moral o su ingenuo abandono acerca de esto.

Al lado de tan grandes genios, **Talentos secundarios.** no es casi posible nombrar a los talentos secundarios; sin embargo, nos reprocharíamos el no mencionar a Segráis, gracioso autor de églogas, y a Benserade, que rimaba con ingenio mascaradas, y que en ciertos momentos era capaz de ser, aunque con ingenio también, tiernamente elegíaco.

Grandes prosistas. Los prosistas de la segunda mitad del siglo xvii son legión, y pocos hay que no sean grandes hombres. En su librito de las *Máximas* ha encerrado La Rochefoucauld pensamientos a menudo profundos bajo una forma viva, precisa y delicada. En *Memorias* extrañamente animadas y que dan mucho realce a las cosas, ha referido su agitada existencia el cardenal de Retz.

Arnauld y Nicole han expuesto su rígido catolicismo, que se llamaba el jansenismo, en libros sólidos y luminosos; el segundo sobre todo ha de contar, por sus *Ensayos de moral*, como un excelente escritor. Mézeray, concienzudo, laborioso, minucioso, muy buen escritor, ha de figurar como primero entre nuestros historiadores. — Buen lógico y buen moralista, hacía Bourdaloue, en su púlpito de predicador, discursos de admirable composición aunque sobradamente dogmáticos, y retratos piadosamente satíricos de los tipos y de la gente rara de la época. — Pensando de nuevo en Descartes y renovándolo, disponía Malebranche, en su *Investigación de la verdad*, un sistema completo de filosofía espiritualista e idealista, consiguiendo hacerlo claro a pesar de su profundidad, y sumamente agradable por los méritos de su imaginación poderosa y fácil y de su estilo rico, abundante, flexible, que era como un término medio entre la conversación y la instrucción.

Pero cinco escritores de sobresaliente categoría se colocan en eterna luz y atraen muy particularmente la atención, y la fijan: Pascal, Bossuet, Madama de Sevigné, la Bruyère y Fenelón.

Pascal. Sabio y de educación científica, matemático, geómetra, físico, se volvió, a la edad de treinta y tres años, no hacia las letras, pues las despreciaba, sino hacia la exposición de las ideas religiosas que le eran particularmente gratas. Para defender a sus amigos los jansenistas contra los enemigos de éstos, los jesuitas, escribió las

Provinciales (1656); consideradas por muchos como el primer monumento de la prosa clásica francesa, con lo cual no estamos conformes, pero que, en todo caso, son una obra maestra de argumentación, de dialéctica, de ironía, de gracia cómica, de elocuencia, y, siempre, de hermosísimo estilo. A pesar de no haber cumplido aún cuarenta años cuando falleció, dejó notas acerca de diferentes sujetos, pero sobre todo acerca de la religión, de la filosofía y de la moral, que han sido reunidas con el título de *Pensamientos* y que son de un gran filósofo cristiano, de un moralista profundo, de un orador conciso maravilloso, y, también, de un poeta al que no faltan ni la sensibilidad vibrante ni la vasta e imponente imaginación.

Son unánimes todos los entendidos en considerar a Bossuet como el rey de los oradores franceses: predicó toda su vida con una elocuencia grave, imponente, vasta, armoniosa y sonora, alimentada con recuerdos de las Sagradas Escrituras y de los Padres, apremiante, convincente y persuasiva. Compuso algunas oraciones fúnebres (Enriqueta de Francia, Enriqueta de Inglaterra, príncipe de Condé, etc.), que son poemas de gloria, de dolor y de piedad. Escribió, contra todos aquellos a quienes consideraba como enemigos de la religión verdadera (*Historia de las variaciones, Contienda del quietismo*), libros de controversia chispeante, de ironía y de elevada elocuencia. En su *Historia universal* trazó los altos designios, en lo pasado y lo futuro, de Dios sobre la humanidad y sobre el mundo. Conoció todos los recursos de la

lengua francesa y del estilo francés, y resultaron aumentados bajo su pluma. Cuenta en la historia de Francia a pesar de los errores en que incurrió y que fueron los de toda su época, como una gran fecha: la fecha en que alcanzó su apogeo la religión a que pertenecía, y en que tuvo el suyo el gran estilo de la prosa francesa.

Sólo cartas escribió Madama de Madama Sévigné: cartas a su hija, a sus de Sévigné. amigos; pero hay en ellas tanto ingenio, son tan vivas, tan pintorescas, de tal sobresaliente modo relatan las anécdotas de la época y describen las escenas y los hombres; están escritas en una lengua tan abundante y tan sabrosa que al verdor de 1630 une lo acabado y lo perfecto de 1670, que Madama de Sévigné será siempre leída por los que entienden de buenas letras y por las personas de gusto.

Era amiga de La Rochefoucauld, del cardenal de Retz, y de la amable, delicada y dulce Madama de la Fayette, cuya novela, *la Princesa de Cleves*, se lee todavía con interés y emoción.

La Bruyère tradujo a Teofrasto La Bruyère. y lo continuó; fué un moralista, o más bien un pintor de costumbres. Describió la corte, la capital y (muy rara vez) la ciudad de provincia y el campo. Acechó las ridiculeces y fué para ellas un duro azote. Pintaba, o mejor dicho, grababa de una manera incisiva y aguda como al agua fuerte. Muy amargo casi siempre, tiene a veces fulgores de sensibilidad muy inesperada y muy singular que le

hacen simpático. Un tanto a imitación de La Rochefoucauld, pero procedente sobre todo de su propia naturaleza, tenía un estilo corto, conciso, brusco, que fué después el del moralista, y aun, en cierto modo, el de todos los autores por espacio de cincuenta años, que fué el de Montesquieu y de Voltaire, y que substituyó al estilo abundante, sostenido, equilibrado, armonioso y periódico de la mayoría de los escritores del siglo XVIII. En el campo de la ridiculez humana, en donde había efectuado amplia cosecha, más aún que Molière, espigaron copiosamente los poetas cómicos del siglo XVIII, lo cual les honra menos, pues vale más observar que leer, que al sagaz e ingenioso autor de los *Caracteres*.

Fenelón, sumamente personal Fenelón. y original, que tenía, en todo, ideas muy suyas, a veces arriesgadas, con frecuencia muy prácticas, siempre generosas y nobles, fué, como Bossuet, un predicador; a más de esto, y como Bossuet igualmente, fué un controversista hábil y temible; y, en fin, para la instrucción del duque de Borgoña, que le había sido confiada, fué un fabulista, un autor de diálogos, y, en cierto modo, un novelista, o más bien un poeta épico en prosa en su famoso *Telémaco*, demasiado admirado durante mucho tiempo, y, luego, demasiado despreciado, y que queda, con debilidades, sembrado de sólidas y sobresalientes bellezas. Vuélvese mucho hoy día a ese gran señor de Iglesia y de letras, cuya alma fué compleja, o más bien, complicada, pero de corazón infinitamente puro y de muy elevada razón.

CAPÍTULO XI

SIGLOS DIECISÉIS Y DIECISIETE :
INGLATERRA

AUTORES DRAMÁTICOS : MARLOWE, SHAKSPEARE. —
 PROSISTAS : SIDNEY, FRANCISCO BACON, ETC. —
 POETA ÉPICO : MILTON. — POETAS CÓMICOS.

La edad de Isabel. Spénser. Llámanse, en Inglaterra, « edad de Isabel » al período que se extiende desde principios del reino de Isabel hasta fines del reino de Jacobo I^o, su sucesor, es decir, de 1558 a 1625. Es la edad de oro de la literatura inglesa; es la época en que, despertado y excitado por el renacimiento, su genio da todo su desarrollo y todos sus frutos, que fueron maravillosos.

Vemos primeramente a Spénser, a la vez nutridísimo de renacimiento italiano y dotado de la imaginación un tanto caprichosa de su país; hizo églogas a imitación de Teócrito y de Virgilio y de los italianos del siglo xvi en su *Calendario del pastor*, y descripciones deliciosas en su *Reina de las hadas*.

Viene después Sidney, el sonetista a la vez apasionado y amanerado; y he aquí, gloria

suprema de esta época gloriosa, a los poetas dramáticos.

Como en Francia, el teatro inglés de la edad media había dado misterios (con el nombre de *milagros*), después moralejas. Como en Francia, la tragedia propiamente dicha se había constituido en el siglo xvi. A fines del siglo xvi apareció Marlowe, grandísimo genio, inculto aún, pero de una potencia, sobre todo lírica, extraordinaria. Sus obras principales son : el *Doctor Fausto* y *Eduardo II*.

Luego (al mismo tiempo, por Shakspeare. cierto, pues son de la misma edad, pero Marlowe comenzó primero), William Shakspeare, que es acaso el más gran poeta dramático conocido. Su obra inmensa, que contiene piezas compuestas en cortísimo tiempo, y que, por lo tanto, tienen descuidos, consta, por lo demás, de numerosas obras maestras : *Otelo*, *Romeo y Julieta*, *Macbeth*, *Hamlet*, *la Fierecilla domada* (comedia), *Como gustéis* (comedia), *la Tempestad* (drama fantástico). Los tipos y personajes de Shakspeare que han quedado célebres y que se citan a menudo en las conversaciones son : Otelo, el celoso trágico, Romeo y Julieta, los jóvenes amantes separados por las contiendas de sus familias y unidos en la muerte; Macbeth y lady Macbeth, los ambiciosos criminales; Hamlet, el joven de gran inteligencia, de gran corazón, pero de voluntad débil, que se doblega bajo el peso de un deber superior a sus fuerzas y que pierde casi la razón; Cordelia,

la Antígona inglesa, hija eternamente sacrificada al viejo rey Lear proscrito; Falstaff, glotón, cobarde, divertido y alegre, especie de Panurgo anglosajón. Toda una literatura dramática ha brotado de Shakspeare. En Francia fué introducido por Voltaire, quien luego renegó de él al ver lo bien que había conseguido hacerlo admirar; después, fué exaltado, alabado hasta la hipérbole e imitado con sabrada indiscreción por los románticos. A más de su obra dramática, Shakspeare ha dejado *Sonetos*, oscuros algunos de ellos, pero, muchos, admirables.

Ben Jonson. Ben Jonson, clásico, acompañado, imitador bastante fiel de los antiguos, aficionado al estudio de caracteres y de costumbres excepcionales, dotado de vigorosa y viva imaginación, trágico y cómico como Shakspeare, alcanzó sobre todo éxito en la comedia (*Cada cual según su carácter, la Mujer callada*, etc.). Beaumont y Fletcher, que escribieron en colaboración, tienen mucha elevación, delicadeza y gracia en un estilo considerado de rarísima calidad por sus compatriotas.

Prosistas. No menos fecunda fué en prosa aquella incomparable época.

Lyly. Lyly, que viene a ser el Voiture de los ingleses, creó el *enfuisimo*, es decir, el amaneramiento chistoso. — En su novela la *Arcadia* dió Sidney una curiosa muestra de relato caballeresco. Con su *Defensa de la poesía*, fundó la crítica literaria. — Historiador,

moralista, filósofo, acaso colaborador de Shakspeare, a Francisco Bacon corresponde un puesto tanto en la historia literaria como en una historia de las ideas filosóficas. — Moralista, o más bien, *meditador*, Roberto Burton, que tomó el seudónimo de Demócrito Junior porque estaba roído de melancolía, dejó una obra considerable, pero en la que hay muchas citas, intitulada *Análisis de la melancolía*. Tiene mucha analogía con el francés Sénancourt. Sterne, aunque se ha guardado muy bien de confesarlo, ha tomado mucho de él. No puede negar Burton que es inglés. No ha creado el esplín, pero ha contribuido mucho a él, y ha hecho de él un género especial. A pesar de sus extravagancias, tiene muchísimo mérito literario.

La poesía. El siglo xvii inglés propiamente dicho, si lo hacemos principiar hacia 1625, es inferior al siglo xvi-xvii que acabamos de examinar, lo cual se explica bastante por las guerras civiles que asolaron a Inglaterra en aquella época. En poesía observamos; por una parte, a los epicúreos muelles y amables cuyo representante más saliente es Waller, hombre de mundo de mucho ingenio; pasó parte de su vida en Francia, fué amigo de Saint-Evremond (quien pasó parte de su vida en Inglaterra); compuso un notable elogio de su primo Cromwell, y un elogio de Carlos II. El rey le dijo: « Vale menos que el de Cromwell »; a lo cual contestó Waller: « Bien sabe Vuestra Majestad que los poetas aciertan mejor en la ficción que en la realidad ». Era un hombre de muchísimo chiste.

Por otra parte, observamos a **Herbert.** los austeros y a los místicos, como Jorge Herbert con su *Templo*, colección de poesías religiosas y melancólicas, y como Habington, triste y sombrío hasta ansiar la disolución, muy análogo al moderno Schopenhauer : « Dios mío, si has pronunciado tu fallo supremo, si quieres que este momento sea el último en que respire este aire, mi corazón obedece, dichoso de retirarse lejos de los falsos favores de los grandes, de las traiciones que atormentan al justo... »

Mencionemos a poetas dramáticos muy estimables. Davenant, quizás hijo de Shakspeare, Otway, el ilustre autor de la *Venecia salvada* y de muchas adaptaciones francesas (*Tito y Berénice, las Picardias de Scapin*, etc.). Dryden, declamatorio, enfático, pero admirablemente dotado del genio dramático, autor de la *Reina virgen, Todo por el amor* (Cleopatra), *Don Sebastián*, vacilando de continuo entre la influencia de Shakspeare y la influencia francesa, demasiado inclinado, también, a las escenas licenciosas, pero patético y elocuente.

Aparte, del todo aparte, álzase **Milton.** Milton, el imperecedero autor del *Paraiso perdido*, tipo y modelo del poema épico religioso, penetrado, en efecto, de un sentimiento religioso profundo y ardiente, pero que, al mismo tiempo, tiene una grandeza y un alcance filosófico muy notables. Milton es como una segunda Biblia para el pueblo de quien es

alimento diario, indispensable y necesario la Biblia. Al *Paraiso perdido* añadió Milton el *Paraiso reconquistado*, muy inferior, y una poesía acerca de *Sansón*. A más de sus dos grandes poemas religiosos, escribió Milton poesías latinas (sobre todo en su juventud) sumamente agradables, y muchas poesías líricas (elegías, diálogos, sonetos), y obras en prosa, en general de polémica política, que llevan el sello de un espíritu muy vigoroso y muy elevado. Desde el punto de vista de su prodigiosa producción y de su existencia variada, pues dedicó parte de ella a las letras puras, y parte a la batalla intelectual de su tiempo, tiene Milton mucho parecido con Voltaire, salvo, por supuesto, su elevado valor moral, que no permite que siquiera se inicie el paralelo. Hacíase a sí mismo completa justicia. Ya del todo ciego, exclama : « Mis ojos brillantes y sin mancha están privados de luz; desde hace tres años no les ha sido permitido percibir una vez la luz, sol, luna, estrella. Nunca vuelve para mí el mediodía, ni la suave tarde, ni la mañana sonriente; nunca se siente refrescada mi vida por el brillo de la primavera, ni alegrada por la rosa de verano ni por el aspecto de los rebaños en el llano, ni por la figura divina del hombre. Con mi cruz a cuestas, proseguiré mi camino. ¿Qué es lo que me sostiene? La conciencia de haber perdido mi vista trabajando por la defensa de la libertad, en ese noble trabajo que hace repetir mi nombre por toda Europa. »

En prosa, hemos de citar, del lado de los austeros, a Jorge Fox, fundador de la secta de los Cuáqueros, orador popular apasio-

nado y potente, autor de los *Mártires*; John Bunyan, asceta obstinado, autor de la *Gracia abundante*, especie de autobiografía edificante y del *Viaje del Peregrino*, que había de ser uno de los libros de edificación y de vida espiritual de los emigrantes fundadores de los Estados Unidos de América; del lado de los libertinos, Wicherley, quien, dándose muy bien cuenta de la bajeza moral, hábilmente disimulada, que hay en el fondo de Molière, extrema esta nota licenciosa en descaradas imitaciones de la *Escuela de las mujeres* y del *Misántropo* (*la Mujer campesina y el Hombre que habla sin rodeos*); el amable Congreve, hombre de mucho mejor tono; tiene fineza, gracia, disimulo, compone bien, sabe trazar bien un tipo, deleita a sus contemporáneos y no deja de escribir para la posteridad con su *Solterón*, *Amor por amor* y *el Camino del mundo*.

No hay que olvidar que, en esa época, Newton y Locke, que pertenecen : uno, más a la historia de las ciencias, el otro a la historia de la filosofía, saben escribir, y de un modo del todo digno de su genio.

Newton.

Locke.

CAPÍTULO XII

SIGLOS DIECISIETE Y DIECIOCHO : ALEMANIA

LUTERO, ZUINGLIO, ALBERTO DURERO. — LEIBNITZ,
GOTTSCHED.

La gran originalidad de Alemania desde el punto de vista literario, acaso desde otros puntos de vista, es que *no ha tenido renacimiento*, que no ha tenido contacto, estrecho cuando menos, con la antigüedad clásica. Quizá repugnara a ello su temperamento; mayor desvío sentía por la Reforma, es decir, por la adopción de un cristianismo primitivo, sin mezcla, intransigente y directamente opuesto a la antigüedad, tanto pagana como filosófica. De todos modos, el hecho es el siguiente : Alemania no tiene renacimiento.

Por esta razón, no hay en Alemania en el siglo xvi, como en Francia en el siglo xiv, más que poesías populares, y la prosa es del todo alemana, del todo reformista, del todo predicadora de moral, y en nada, o casi en nada, recuerda a la